

Oscar Varsavsky y el ensayo como crítica al modelo cientificista de gestión de la investigación.

Silvia Rivera.

Cita:

Silvia Rivera (2007). *Oscar Varsavsky y el ensayo como crítica al modelo cientificista de gestión de la investigación*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/348>

Oscar Varsavsky y el ensayo como crítica al modelo cientificista de gestión de la investigación

Silvia Rivera

Filósofa. Profesora Adjunta de la carrera de Sociología (UBA) y Coordinadora Académica de la Maestría en Metodología de la Investigación Científica de la Universidad Nacional de Lanús.

Correo electrónico: silviarivera@ar.inter.net

Introducción

Lo que entonces me ha “desconcertado” un poco, es el hecho de que esta cuestión que yo me planteaba no ha interesado en absoluto a quienes la planteaba. Consideraron que era un problema políticamente sin importancia y epistemológicamente sin nobleza.¹

La pregunta es cuál es esta cuestión considerada políticamente sin importancia y epistemológicamente sin nobleza, que sin embargo no dejó de ocupar a Foucault, pero también a intelectuales argentinos que, en tiempos paralelos aunque en diferentes geografías, se plantearon la cuestión del estatuto político de la ciencia y de las funciones ideológicas que, de un modo u otro, este saber vehiculiza.

En 1969 Foucault publica en París *La arqueología del saber*. Ese mismo año, en Buenos Aires, Oscar Varsavsky publica *Ciencia, política y cientificismo*, encendiendo la mecha de una encendida polémica que detonaría un par de años más tarde y que roza en más de un punto la citada cuestión foucaultiana. *Ciencia, política y cientificismo*, un libro pequeño del Centro Editor de América Latina. “Libro-símbolo” como lo califica Miguel de Asúa², que con lenguaje sencillo nos acerca la mirada de un científico argentino sobre algunos problemas directamente vinculados con el complejo entramado que tejen saber y poder. Mirada ingenua a veces, a veces excesivamente pragmática, pero siempre incondicional y apasionada. Mirada que devela y desoculta a un tiempo significados y usos; usos que establecen significados, precisamente los significados de esas categorías que ocupan un lugar central en el discurso de lo que se ha dado en llamar “concepción heredada” en epistemología o filosofía de la ciencia.

Es importante recordar que Varsavsky no es filósofo, y esto quiere decir que no ha sido formado en el manejo erudito del marco conceptual de la epistemología que interpela y tampoco ha sido adiestrado en las reglas de construcción de enunciados que distinguen a esta formación discursiva. De tono personal, carente de un frecuentemente “sobrestimado” aparato crítico, el libro *Ciencia, política y cientificismo* se aproxima al género llamado “ensayístico”, pero de un modo fresco

y espontáneo, con la fuerza que manifiestan las palabras “escritas con sangre”, como lo expresara el Zaratustra de Nietzsche.³

El problema es -como bien nos advierte el propio Zaratustra- que “no es fácil comprender sangre ajena”.⁴ Así fue como pronto resultó desestimado el texto de Varsavsky. Desestimado por su contenido pero también y muy especialmente por su estilo franco, lúcido, directo tanto en la denuncia de las complicidades político-económicas del cientificismo como por su anuncio de nuevos rumbos para pensar la ciencia. Desestimado por una sinceridad poco académica, que presenta sin ambigüedades -ya en las primeras páginas del libro- las convicciones políticas que impulsan al autor a tomar la palabra. Convicciones que se entrelazan con la experiencia vivida y el camino recorrido, desde sus años de formación hasta su participación en la experiencia reformista que distinguió a la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires después de la caída del peronismo en 1955.

El proyecto reformista

1969. Ecos de barricada aún llegan de Europa; gritos de insurrección agitan el corazón de la Argentina. Mientras el “Cordobazo” abre nuevos espacios de resistencia frente a la dictadura, Oscar Varsavsky, recién llegado de Venezuela -país en el que se había instalado tras su renuncia a la Universidad en 1966- y muy entusiasmado con los movimientos estudiantiles mundiales, desarrolla el concepto de “estilos de desarrollo” en contraposición a la concepción única y lineal del desarrollo científico. Al mismo tiempo trabaja para insertar en el espacio público sus ideas acerca del “cientificismo”. Ideas que resultan inescindibles de una experiencia de gestión universitaria.

He tomado como motivación y marco de referencia un fenómeno bastante atípico ocurrido en nuestro país: la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, en el período 1955-1966. A esta Facultad estoy ligado, con interrupciones, desde 1939.⁵

Porque en 1939, con diecinueve años y un diploma de egresado de la Escuela Normal Superior Mariano Acosta, Oscar Varsavsky ingresa en la carrera de Química, de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, doctorándose años más tarde con una tesis sobre mecánica cuántica, la primera sobre el tema en el país.

Alejado de esa Facultad durante los años peronistas, Varsavsky reingresa a la Universidad de Buenos Aires en 1958. incorporándose activamente al proceso de renovación institucional como integrante del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. En estos años se destaca su trabajo para el mejoramiento de la enseñanza de la matemática. Fue sobre la base de sus aportes que se crea en 1962 el Instituto de Cálculo:

Reorganizada durante los dos años siguientes a la caída de Perón –cuando se tomaron las principales decisiones sobre su funcionamiento y se formó el núcleo de profesores que le daría su personalidad – y lanzada luego a toda carrera hasta la caída de Illia, ‘Exactas’ se convirtió rápidamente en centro de interés, crítica y aplauso dentro y fuera de la Universidad y del país. En ella se vivió un intenso ensayo de ‘tercera posición’⁶ –reformismo, desarrollismo o como quiera llamársele– que mostró bien a las claras sus limitaciones ideológicas, y que puede servir de ilustración para casos análogos en Latinoamérica.⁷

Recuerda Varsavsky que el grupo “reformista” que asume la dirección de la Universidad de Buenos Aires desde octubre de 1955 hasta junio de 1966 estaba integrado por profesores y graduados políticamente heterogéneos, que cuentan con el apoyo de la mayoría estudiantil. Se trata de profesionales con buen entrenamiento político, gran deseo de sacar al país de su estancamiento, alto grado de racionalidad, mucho empuje, antiimperialismo difuso y apreciable eficiencia en docencia e investigación ya que algunos de sus líderes fueron maestros, tal es el caso de Rolando García. En resumen, es posible caracterizarlos como liberales de izquierda, inteligentes, pero sin experiencia ni talento político y esto a pesar de un contar con un subgrupo más politizado, alguna vez militante en partidos de izquierda y casi siempre en movimientos antiperonistas. Varsavsky, por ejemplo, marxista en su juventud pero luego anarquista y contestatario en función de su perpetua intransigencia. Sin embargo, y a pesar de su fama “ultraizquierdista” este subgrupo tampoco cuenta con elementos para enfrentar al sistema, al gobierno, ni siquiera al gobierno de turno, pudiendo tan sólo dedicarse a consolidar la base científica necesaria para un desarrollo tecnológico y económico que posibilitara una futura transformación de la sociedad.

Durante los primeros años una de las tareas del grupo se centra en la eliminación de los fósiles peronistas que resistían en sus cargos. Interesados en diferenciarse de las clásicas “trenzas” que en la Universidad digitaban concursos, utilizan el recurso a métodos “objetivos” como instrumento para demostrar la incapacidad de los “fósiles”: número de artículos publicados en revistas de prestigio internacional, jurados extranjeros de renombre, poco peso a la antigüedad en la docencia, entre otros. Pero pronto se hace evidente que los fósiles no había sido reemplazados por científicos politizados sino más bien por “cientificistas”.

El cientificismo como categoría epistemológico-política

Ya a fines de los años cincuenta se había puesto en circulación el calificativo “cientificista” para denominar al grupo responsable de la estrategia de renovación y modernización de la Universidad, integrado por Rolando García, Manuel Sadosky, Gregorio Klimovsky y el propio Varsavsky, entre otros intelectuales y científicos. Sin embargo, este concepto –“cientificista”– se resignifica una década después, adquiriendo entonces un matiz negativo: en tanto el grupo propiciaba la

aceptación de subsidios de fundaciones norteamericanas y promovía el envío de becarios para su formación en el extranjero se lo considera cada vez más un factor estimulante del colonialismo cultural. Dice Varsavsky en el prefacio de *Ciencia, política y científicismo*:

(...) Científicista es el investigador que se ha adaptado a este mercado científico, que renuncia a preocuparse por el significado social de su actividad, desvinculándose de los problemas políticos, y se entrega de lleno a su 'carrera', aceptando para ella las normas y valores de los grandes centros internacionales, concretados en un escalafón. El científicista en un país subdesarrollado es un frustrado perpetuo. Para ser aceptado en los altos círculos de la ciencia debe dedicarse a temas más o menos de moda, pero como las modas se implantan en el norte siempre comienza con desventaja de tiempo. Si a esto se agrega el menor apoyo logístico (dinero, laboratorios, ayudantes, organización) es fácil ver que se ha metido en una carrera que no puede ganar. Su única esperanza es mantener lazos estrechos con su Alma Mater —el equipo científico con quien hizo su tesis o aprendizaje-, hacer viajes frecuentes, conformarse con trabajos complementarios o de relleno de los que allí se hacen, y en general llegar a una dependencia cultural total.⁸

Testimonios de la época coinciden en afirmar que si bien no es Varsavsky quien acuña el término "científicismo", sí es el responsable de su utilización. Desde un punto de vista puramente epistemológico el científicismo —según palabras de Enrique Marí- es una posición claramente reduccionista que se concreta en varios pasos, a saber "la asimilación del pensamiento racional con el pensamiento científico y la posterior asimilación del pensamiento científico con las teorías físico-naturales"⁹.

Científicista es quien acepta acríticamente los postulados de la llamada *standard view* o "concepción heredada en filosofía de la ciencia", que había obtenido su acta de nacimiento unas cuantas décadas antes, exactamente en 1929¹⁰, en forma de un manifiesto programático: *Manifiesto científico universal: el Círculo de Viena*¹¹, con su anuncio de una nueva era, la era de la "concepción científica del mundo". Si bien el texto resulta un tanto elíptico, una recorrida por sus páginas permite relevar algunas frases que confieren identidad al programa: sobre la base de la "concepción científica del mundo" el fin último la "operación" en filosofía es la "unificación de la ciencia". El medio para lograrlo es el "análisis lógico de las proposiciones" mediante la búsqueda de un "sistema neutro de fórmulas" que constituyan un simbolismo liberado de las escorias de las lenguas históricas".¹²

A partir de aquí otros epistemólogos se suman a los *slogans* fundantes de este movimiento: universalidad y neutralidad. Conceptos eje de un positivismo que si bien puede considerarse un "perro filosófico muerto hace mucho tiempo que sin embargo prestó buenos servicios", según palabras de Tomás Moro Simpson, es innegable que su hedor inunda todavía espacios institucionales, detonando contundentes efectos. Efectos que desbordan el plano de la teoría para impregnar espacios institucionales diversos (universidades, centros de investigación,

fundaciones, empresas) fundando modos de gestión de la investigación que bajo la máscara de la “universalidad y neutralidad” esconden intereses cuestionables desde el punto de vista ético y político.

Pero científicista es también quien acepta acríticamente un modelo de gestión de la investigación que en tiempos de Varsavsky se sostiene a través de mecanismos de formación de científicos en centros internacionales de prestigio, a través de programas de cooperación internacional y de subsidios diversos. En los últimos tiempos se suma una modalidad de validación de protocolos conocida como “multicéntrica” y que prolifera en especial en el área de la investigación biomédica.¹³

Oscar Varsavsky, en su ensayo *Ciencia, política y científicismo*, devela sin tapujos los efectos casi “perversos” de un modelo epistemológico e institucional del que había participado con entusiasmo, pero del que se aparta tan pronto como advierte sus íntimas falencias y contradicciones. Entre ellas se encuentra la forzada distinción entre la esfera científica y la política por una parte, y entre la verdad y la ideología por la otra.

Ciencia e ideología

A principios de 1971 la revista *Ciencia Nueva* entrevista a Gregorio Klimovsky quien se manifiesta dispuesto a discutir una tesis que según él se está poniendo peligrosamente de moda en algunos círculos políticos-intelectuales. Según Klimovsky, se trata de la tesis que rechaza la existencia de una “ciencia objetiva” al afirmar que los componentes ideológicos de la ciencia, en tanto son esenciales, modifican sustancialmente sus apreciaciones, resultados y métodos. No se trata, concede Klimovsky, de negar que ciertos factores ideológicos intervienen en la tarea científica. De lo que se trata es de acotar prudentemente su influencia, ya que de no hacerlo estaríamos negando la tradición clásica, aquella según la cual la ciencia provee un tipo de conocimiento “eterno y firme”, que puede hacerse más nítido y preciso, pero que de ningún modo queda al arbitrio de la mera opinión o prejuicio de personas o grupos, porque posee pautas objetivas tanto para fundamentarse como para criticarse, llegando a construir un patrimonio cultural que es necesario poner a salvo de escepticismos y relativismos de moda. Si bien es cierto, reconoce Klimovsky que un cierto peligro encierra la creencia de una ciencia que, como conocimiento inmaculado, sobrevuela el mundo sin contaminarse con contingencias históricas, un peligro mucho más grande aún se esconde en la posición según la cual la militancia política y la ideología logran traspasar la exterioridad del contexto de aplicación tecnológica para infiltrarse en el núcleo duro de la ciencia, es decir en la metodología de validación de hipótesis, guiada por un mecanismo sacrosanto que garantiza la deseada, y al mismo tiempo esquiva, objetividad absoluta. Para el entrevistado la metodología se reduce en última instancia a una lógica monopólica y monolítica. Dice Klimovsky:

El método científico es el método hipotético-deductivo, el método que esencialmente consiste en formular hipótesis y testearlas.¹⁴

Una entrevista de intención defensiva y contenido claramente ideológico – a pesar de ser este expresamente negado- da comienzo, pues, a un agudo debate desplegado en las páginas de la revista *Ciencia Nueva* a lo largo de 1971 y también de un ciclo de mesas redondas que enfrentaron en un clima de pasiones a quienes habían participado en la citada reforma universitaria y años después se disponían a revisar, con mayor o menor apertura, sus supuestos. Finalmente, en 1975 se publica el libro que compila el citado debate y que se titula, precisamente, “Ciencia e ideología”.

El artículo de Varsavsky, presente en el libro citado, recupera los temas ya había hecho públicos en *Ciencia, política y cientificismo*, pero de un modo más compacto y hasta contundente. No sólo clama por la integración de ciencia y política sino que propone a la ideología como guía explícita, y no ya solapada, de la planificación de una política científica que fije los contenidos concretos de la ciencia –temas y métodos- que ayuden a propiciar y sostener un cambio revolucionario de la estructura social en su conjunto. Esta es, para Varsavsky, la máxima objetividad a la que podemos aspirar, objetividad que resulta inescindible de la honestidad intelectual, y que consiste en la clara exposición de los juicios de valor que inevitablemente se encuentran en la base del trabajo intelectual, para su confrontación y crítica.

Los límites de la objetividad científica

Una vez denunciado el efecto político de asociar a la ciencia las notas de “universalidad” y “neutralidad”, que cumple la función de resguardar al conocimiento científico de todo avatar que la acerque a la labilidad de la esfera subjetiva y también de la peligrosa intromisión de la esfera ético-política en el terreno de la ciencia. De este modo se salva la objetividad de la ciencia, entendida ante todo como neutralidad –o mejor aún neutralización forzada- de todo elemento normativo y valorativo.

Rigidez de una racionalidad formal que estereotipa estructuras en un intento de preservar un espacio de conocimiento “puro”, es decir, neutral. Paradoja manifiesta: el adjetivo “puro” implica ya una calificación, abre un juicio de valor sobre esa supuesta neutralidad que acompaña, le otorga un signo positivo. Entender a la ciencia como proceso práctico de producción de conocimiento supone reconocer que el resultado de ese proceso no es ni puede ser neutral, porque en el producto están necesariamente las huellas o marcas del proceso de producción. Porque el conocimiento científico no es el resultado immaculado de la inspiración de una subjetividad trascendental, sino la actividad institucional de una comunidad que se estructura como grupo de poder.

Los límites de la objetividad científica lo marcan las decisiones que se encuentran en la estructura normativa de la ciencia. Estructura normativa que se consolida sobre al base de decisiones. Decisiones que nos desbordan, que no son personales y que encontramos consolidadas en una red institucional que las

sostiene, pero que suponen preferencias, es decir juicios de valor que no deben ser encubiertos en una supuesta neutralidad y universalidad.

¿Dónde se ubican entonces los límites de la objetividad científica? Ciertamente no en la inevitable imprecisión de todo método, ese reconocido “margen de error” que identificado y analizado puede y debe ser incluido como variable en una corrección metodológica que lo neutraliza. Tampoco en la temida intromisión de la subjetividad del investigador, que debe sofocar en su aspiración a una objetividad entendida no ya como imprecisión sino como absoluta imparcialidad; o en las modificaciones que la situación de observación y prueba produce en los sujetos estudiados y que pueden ser minimizadas a través de estrategias diversas.

Los límites de la objetividad científica se ubican en el reconocimiento de que la objetividad no es un dato sino un producto. Es el resultado de prácticas institucionales de adiestramiento en el manejo de certezas de las que no nos es lícito dudar. Entre estas certezas debemos señalar la tradicional distinción ciencia-ideología por una parte, y ciencia pura-ciencia aplicada por la otra.¹⁵ Distinciones que no se desarmen a través de meras inversiones, sino a través de un desmantelamiento del esquema dual que las sustentan.

Ciencia politizada

La misión del científico rebelde es estudiar con toda seriedad y usando todas las armas de la ciencia, los problemas del cambio del sistema social, en todas sus etapas y en todos sus aspectos, teóricos y prácticos. Esto es, hacer “ciencia politizada”.¹⁶

¿Qué concepción de la ciencia y que modalidad de gestión de la investigación corresponden a una epistemología liberada ya de los estigmas científicistas? Una “ciencia politizada” que sustentada en la autonomía que se ejerce cuando la crítica potencia nuestra capacidad de acción. Ciencia politizada que se comprende a sí misma como práctica social y que requiere del ejercicio interdisciplinario para establecer sus metas. Ciencia liberada ya de vacíos formalismos y de reduccionismos empobrecedores, que requiere ahora de la racionalidad dialógica y deliberativa para evaluar proyectos y establecer prioridades, socializando los procesos de toma de decisiones. Porque de la complejidad interna de un protocolo de investigación no se sigue la misma complejidad para comprender si es pertinente o justa su realización en un determinado dispositivo histórico.

Queda claro que la educación juega un rol central a la hora de desplegar estrategias para el cambio científico, que es sin duda un cambio social. Cambio social que tiene a la ciencia politizada como una de sus armas, pero para esto se debe modificar el perfil de los científicos que formamos. En este proceso de formación, el modelo epistemológico alternativo acerca importantes elementos

para orientar una tarea que debe jugarse en varios frentes, tarea compleja y deficiente, pero enriquecedora siempre:

Queda un consuelo ante la innegable dificultad de la tarea: por poco que se haga, siempre quedará un saldo positivo. El valor de un científico como activista político común es en general nulo, pues rara vez tiene la personalidad requerida, y es un desperdicio lastimoso de su entrenamiento. Y como científico del sistema es negativo para el cambio, pues el mero hecho de cumplir con sus funciones ayuda a disimular los defectos y lo convierte en colaboracionista. Su actividad como rebelde lo libera de su dualidad esquizofrénica y lo prepara para actuar en la nueva sociedad.¹⁷

Notas

¹ Foucault, M. "Verdad y poder". En: *Microfísica del poder*, La piqueta, Madrid, 1992.

² De Asúa, M. *"Introducción a ciencia, política y científicismo"*, Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1994.

³ Nietzsche, F. *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid, 1995, p. 69.

⁴ *Op. cit.*, p. 69.

⁵ Varsavsky, O. *Ciencia, política y científicismo* (en adelante CPC), Centro Editor de América Latina, Bs. As. 1975, p. 9.

⁶ Precisamente es a esta tercera posición que Varsavsky dirige sus ataques. Ya en las primeras páginas de *Ciencia, política y científicismo* clasifica en cuatro las actitudes de los científicos frente al sistema vigente: "fósil" o reaccionaria pura en primer término; "totalitaria", es decir stalinista estereotipada, en segundo término; en el tercero, la posición "reformista" o defensora del sistema en su forma más moderna y perfeccionada, que admite entre otras cosas críticas "razonables"; y por último en el orden de presentación pero no en de importancia, la posición "rebelde" o revolucionaria, intransigente ante los defectos del sistema y ansiosa por modificarlo todo desde una perspectiva nacional. (Cfr. CPC p. 8)

⁷ CPC p. 9.

⁸ CPC p. 36.

⁹ Marí, E., *Elementos de epistemologías comparadas*, Puntosur, Bs. As. 1990, p. 46.

¹⁰ Cabe destacar que la epistemología emerge como rama independiente de la teoría del conocimiento en tiempos de teoría subatómica, de principio de complementariedad de Bohr y de indeterminación de Heisenberg, que sembraban dudas acerca de la neutralidad de la práctica científica, de la pureza de la ciencia básica y de la diferencia entre ciencia básica y ciencia aplicada.

¹¹ Este manifiesto, publicado originalmente en alemán, fue luego reproducido en inglés en: Neurath, O. *Empiricism and sociology*, Dordrecht, 1973.

¹² Citado en Lecourt, D. *El orden y los juegos*, Ediciones de la Flor, Bs. As. 1984, p. 102.

¹³ Los protocolos multicéntricos ponen de manifiesto el perfil epistemológico del proceso económico-político denominado globalización. Porque la palabra “multicéntrico” no alude aquí, como podría suponerse a una estructura descentrada que en un esfuerzo creativo inventa lazos y vínculos entre los diferentes núcleos que la constituyen. “Multicéntrico” quiere decir simplemente que la contrastación de hipótesis elaboradas por científicos de países o empresas de los países desarrollados se realizará en diversos lugares de la periferia, cuyos habitantes son seleccionados para prestar su cuerpo a experimentos que, en muchos casos, no tienen interés local o regional. O quiere decir que, aún en caso de tenerlo, el procesamiento de los datos, la difusión de los resultados y el desarrollo de las aplicaciones tecnológicas resultantes de la contrastación realizada no será manejada por los miembros de la comunidad elegida para realizar la investigación, sino por representantes de intereses ajenos.

¹⁴ VVAA *Ciencia e ideología. Aportes polémicos*, Bs. As., Ediciones Ciencia Nueva, 1975, p. 21.

¹⁵ El hecho de ubicar los límites de la objetividad científica en las evidencias que manejamos nos permite reconocer que también nuestras preguntas suponen ya certezas. Y que estas certezas no surgen de evidencias – porque más bien las evidencias las presuponen- sino de decisiones. El hecho de poder plantear una pregunta indica que nuestro lenguaje nos posibilitará también la construcción de una respuesta. En este sentido, debemos orientar nuestra práctica científica sabiendo que hay interrogantes que nuestro lenguaje no nos deja ni siquiera formular.

¹⁶ CPC p. 12.

¹⁷ CPC, p. 63.